

Las grandes culturas de la América prehispánica

Pablo Emilio Pérez-Mallaina Bueno



LAS GRANDES CULTURAS
DE LA AMÉRICA
PREHISPÁNICA

Temas de Historia Moderna

Coordinador: ENRIQUE MARTÍNEZ RUIZ



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los

derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

LAS GRANDES CULTURAS DE LA AMÉRICA PREHISPÁNICA

Pablo E. Pérez-Mallaína Bueno



Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

© Pablo E. Pérez-Mallaína Bueno

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-1357-464-6
Depósito Legal: M. 207-2026

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
--------------------	---

PARTE I. LOS ESPACIOS Y LOS TIEMPOS

1. UN CONTINENTE AISLADO	19
1.1. <i>Geografía y poblamiento</i>	19
1.2. <i>Las teorías precientíficas sobre el origen del hombre en América</i>	21
1.3. <i>Las teorías científicas sobre el origen del hombre en América</i>	27
1.4. <i>Las culturas indígenas en 1492</i>	39
2. DOS CIVILIZACIONES PRIMARIAS EN EL NUEVO MUNDO	45
2.1. <i>Cultura y civilización</i>	45
2.2. <i>Mesoamérica</i>	49
2.2.1. <i>Paleolítico y periodo arcaico</i>	52
2.2.2. <i>Periodo preclásico</i>	54
2.2.3. <i>Periodo clásico mesoamericano</i>	54
2.2.4. <i>Periodo posclásico</i>	56
2.3. <i>Los Andes Centrales</i>	57
2.3.1. <i>Paleolítico andino</i>	63
2.3.2. <i>Periodo precerámico</i>	63
2.3.3. <i>Horizonte temprano y periodo intermedio</i>	64
2.3.4. <i>Horizonte medio y periodo intermedio tardío</i>	65
2.3.5. <i>Horizonte tardío</i>	66
2.4. <i>¿Por qué Mesoamérica? ¿Por qué los Andes Centrales?</i>	66

PARTE II.
MESOAMÉRICA

3.	OLMECAS: LOS HABITANTES DEL PAÍS DE HULE.	73
3.1.	<i>Un misterio se desvela</i>	73
3.2.	<i>Una llanura entre ríos: hábitat, temporalidad y economía del área nuclear olmeca</i>	76
3.3.	<i>El amanecer de una civilización: los centros arqueológicos de San Lorenzo y La Venta</i>	80
3.4.	<i>Señores y dioses. La escultura en piedra y el poder del jaguar</i>	89
3.5.	<i>La expansión olmeca, un enigma por resolver.....</i>	98
 4.	 TEOTIHUACÁN: LA CIUDAD EN LA QUE NACE EL SOL	 105
4.1.	<i>Obra de gigantes.....</i>	105
4.2.	<i>Un valle en torno a un lago. Las ventajas de una posición.....</i>	107
4.3.	<i>Tamaño, población y fases del desarrollo urbano</i>	110
4.4.	<i>Un paseo arqueológico por la gran metrópoli.....</i>	114
4.5.	<i>Los habitantes de la ciudad.....</i>	120
4.6.	<i>Los murales de los “palacios”. Una interpretación sobre la sociedad teotihuacana</i>	124
4.7.	<i>El dios de la lluvia llora sobre Teotihuacán.....</i>	132
 5.	 LOS MAYAS: ARTE Y ESPLENDOR EN EL CORAZÓN DEL BOSQUE TROPICAL ...	 141
5.1.	<i>El irresistible misterio de una cultura perdida en la selva..</i>	141
5.2.	<i>Las Tierras Altas y las Tierras Bajas</i>	145
5.3.	<i>Jeroglíficos, códigos y libros para conocer a los mayas....</i>	146
5.4.	<i>Del preclásico tardío al periodo clásico. El apogeo de la cultura maya.....</i>	150
5.5.	<i>La ciudad maya. La belleza arquitectónica de un escenario sagrado.....</i>	157
5.6.	<i>Los kuhul ahaw, los señores sagrados de la sociedad maya</i>	162
5.7.	<i>Una cultura obsesionada por el tiempo: religión, mitos y calendarios</i>	173
5.8.	<i>La crisis del clásico y el abandono de las ciudades de la selva</i>	181

6.	AZTECAS O MEXICAS: LOS GUERREROS DE HUITZILOPOCHTLI	187
6.1.	<i>El posclásico en Mesoamérica. Un mundo convulso</i>	187
6.2.	<i>Llegan los mexicas</i>	191
6.3.	<i>Los mexicas forjan un imperio</i>	200
6.4.	<i>Tenochtitlán, la ciudad encantada</i>	204
6.5.	<i>La metamorfosis de una sociedad tribal</i>	210
6.6.	<i>Corazones para el Sol: los sacrificios humanos en la religión mexica.</i>	219

PARTE III.
LOS ANDES CENTRALES

7.	CHAVÍN DE HUANTAR Y EL HORIZONTE TEMPRANO EN LOS ANDES CENTRALES	233
7.1.	<i>Un oráculo sagrado</i>	233
7.2.	<i>Síntesis cultural en un cruce de caminos</i>	234
7.3.	<i>El Templo Viejo y el Templo Nuevo</i>	238
7.4.	<i>Rituales esotéricos y dioses terribles.</i>	241
7.5.	<i>Las metáforas del más allá</i>	255
7.6.	<i>Límites y significado de una expansión cultural</i>	259
8.	PARACAS Y NAZCA. TEJIDOS, CERÁMICAS Y LÍNEAS EN EL DESIERTO	265
8.1.	<i>El horizonte temprano y el periodo intermedio temprano en la Costa Sur del Perú</i>	265
8.2.	<i>Paracas: hermosos tejidos entre arenales</i>	266
8.3.	<i>Nazca: la difícil supervivencia en un medio hostil.</i>	276
8.4.	<i>Una explosión de color: la cerámica nazca</i>	281
8.5.	<i>Los geoglifos de las pampas de Nazca. El aparente misterio de las líneas en el desierto.</i>	285
9.	LOS MOCHES O MOCHICAS. ORO Y CERÁMICA PARA ASOMBRAR AL MUNDO.	305
9.1.	<i>Arqueología entre las dunas</i>	305
9.2.	<i>Los oasis de la costa septentrional peruana y su sistema político.</i>	309
9.3.	<i>Montañas de adobe: las huacas del Sol y la Luna</i>	315

9.4. <i>Documentos de arcilla: la cerámica moche</i>	320
9.5. <i>Huaqueros, traficantes y arqueólogos: los descubrimientos de Sipán</i>	331
10. LOS INCAS: EL GRAN IMPERIO DE LAS CUATRO DIRECCIONES DEL MUNDO...	341
10.1. <i>El Tahuantinsuyu</i>	341
10.2. <i>¿Un imperio de hombres felices?</i>	344
10.3. <i>¿Un señorío sólido como las rocas de sus murallas?</i>	352
10.4. <i>Instrumentos para consolidar el dominio de los Andes</i> ..	362
10.5. <i>Un gobernante semidivino y una capital sagrada</i>	368
10.6. <i>El dios Sol y el culto a las huacas</i>	378
SELECCIÓN DE TEXTOS	385
El principio del mundo según los mayas	385
La bajada al inframundo y el nacimiento de los héroes gemelos	385
Los espejos, un símbolo mágico y de poder entre los mayas ..	387
La ciudad de Tenochtitlán	387
Las convicciones religiosas de los tlaxcaltecas	390
Sacrificios humanos en el Templo Mayor.....	390
Una mujer seductora. Poema nahua	391
Los deleites de la vida y la certeza de la muerte en el mundo nahua	392
Pachacamac. Un gran santuario en los Andes Centrales.....	393
Las momias reales incaicas.....	395
La construcción de la fortaleza de Sacsahuamán	396
El final del Imperio inca. La captura de Atahualpa en Cajamarca, año de 1532.	397
BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA	401

2

DOS CIVILIZACIONES PRIMARIAS EN EL NUEVO MUNDO

2.1. *Cultura y civilización*

En las páginas precedentes hemos empleado recurrentemente la palabra *cultura* para referirnos a diversos grupos humanos. Así, hablamos de la cultura azteca, la anasazi o la mochica. Pero hasta el momento no se ha definido el término con precisión, y conviene hacerlo. Cultura sería, pues, el conjunto integrado de soluciones que las distintas sociedades dan a los problemas y desafíos de la existencia, incluidos instrumentos tecnológicos, reglas sociales, lenguajes, procedimientos económicos, estructuras políticas y un tan largo etcétera que el término englobaría los elementos más distintivos de una colectividad humana, pudiendo ser sinónimo de *grupo* o de *pueblo*.

Una *civilización*, por el contrario, sería un conjunto de culturas interrelacionadas que tienen elementos comunes, pero no son idénticas, y que

alcanzan un alto grado de desarrollo y complejidad. De esta manera, en la actualidad nos podemos referir a la *civilización occidental*, en la que se integrarían naciones tan diversas como Francia, España, Noruega o los Estados Unidos, e incluso países que no están en el occidente geográfico, como Australia, pero comparten sistemas políticos, en este caso democráticos. También religiones de orientación cristiana, lenguas indoeuropeas y, por no alargar los datos, son partidarios de la igualdad entre hombres y mujeres. Del mismo modo, podríamos hablar de una *civilización musulmana*, en la que tendríamos países tan distantes como Marruecos, Arabia o Indonesia, que también comparten creencias, en muchos casos idioma y una notable influencia de la ideología religiosa sobre los sistemas políticos, entre otras variadas características comunes.

Dentro de las civilizaciones, existen algunas cuyos desarrollos proceden de influencias externas; pero existen otras, denominadas *civilizaciones primarias*, que tienen un altísimo grado de originalidad, siendo las únicas responsables de los avances que realizan, para luego servir como puntos de difusión hacia otros territorios y pueblos. En la historia de la humanidad se considera que existen cuatro o cinco lugares donde aparecieron este tipo de sociedades, que, partiendo de un pasado nómada y cazador, se transformaron en poblaciones agrícolas, sedentarias, poseedoras de distintos rangos jerárquicos y grandes asentamientos urbanos. Estos casos estarían representados en primer lugar por la llamada civilización del Creciente Fértil, o Mesopotamia, la más antigua, cuyo comienzo puede fecharse hacia el 5000 a. de C. En segundo lugar, tendríamos la egipcia, un milenio posterior, pero que muchos piensan que no es independiente de la mesopotámica. Después, las culturas del valle del Indo, cuyo origen se suele datar hacia el 3000 a. C., y para finalizar, China y sus brillantes comienzos de alrededor del 2500 antes de nuestra era.

La existencia de estos cuatro focos de desarrollo humano ha sido discutida por quienes consideraron que la civilización fue una especie de milagro único surgido en Sumer y que desde allí se difundió al resto del mundo, incluido las aisladas tierras americanas. Hoy en día, el mundo académico es mayoritariamente antidifusionista y considera que la civilización no es un accidente milagroso concebido una única vez por algunos genios anónimos, sino una característica de las sociedades humanas o, lo que es lo mismo, que existe una tendencia en ellas a volverse más complejas en ciertas

condiciones y que este proceso de evolución cultural permite, entre otras cosas, la generalización científica e incluso una cierta predicción (Carr, 1993, pp. 167-168).

Pues bien, a esos cuatro núcleos admitidos como focos de la civilización en el Viejo Mundo tendremos que sumar otros dos en el Nuevo Mundo, para así completar el esquema del amanecer de las sociedades humanas complejas. Estos dos serían, evidentemente, Mesoamérica y los Andes Centrales, cuyas fechas de iniciación podríamos fijarlas en el límite entre el tercer y el segundo milenio antes de Cristo, con lo cual estaría en concordancia, según la cronología, con lo ocurrido en los otros puntos del planeta, pues una diferencia de dos o tres mil años, como la existente entre el caso mesopotámico y el mesoamericano, no sería relevante en la larguísima evolución de la especie humana, que se mide en millones de años. Tras la finalización del Pleistoceno o periodo glacial, allá por el 8000 a. de C., el progresivo calentamiento terrestre y la extinción de buena parte de la megafauna de la que se alimentaban los cazadores del Paleolítico dio origen a una larga marcha hacia la domesticación de las especies animales y vegetales, que culminó primero con la revolución neolítica y, posteriormente, con la existencia de media docena de focos de civilización entre el 5000 y el 2000 a. de C.

Las dos civilizaciones americanas fueron tan originales como las demás del Viejo Mundo, y no se considera probable que, hasta la llegada de Colón, ninguno de sus grandes logros tuviera que pagar algún tipo de derecho de autoría a las demás. Sin embargo, su prolongado aislamiento produjo un efecto que siempre debe tenerse en consideración al estudiarlas en detalle y, sobre todo, explicar su colapso ante los europeos: Mesoamérica y los Andes Centrales, y en mayor medida el resto de las áreas culturales americanas, pagaron su marginalidad con un importante desfase tecnológico. Para probar tal aserto baste con recordar que ni la pólvora de sus arcabuces, ni el estribo de sus monturas, ni el papel de sus documentos, ni las brújulas que guiaban las embarcaciones que los llevaron hasta allí habían sido inventados por los conquistadores españoles, sino trasferidos desde China al extremo occidental de esa unidad continental que es Eurasia. Por el contrario, los desarrollos americanos solo de América procedían.

Finalmente, y antes de pasar a analizar de manera específica las características geográficas y culturales de Mesoamérica y los Andes Centrales, conviene resumir los elementos esenciales que pueden exigirse a una gran

civilización, los cuales, posteriormente, pasaremos a averiguar si se alcanzan con suficiencia tanto en uno como en el otro espacio.

1. Para poder referirnos a una auténtica civilización tendríamos que estar ante la existencia de un amplio territorio en el que conviven varias colectividades humanas, que, aun manteniendo rasgos particulares, posean unas características compartidas. Es decir, las civilizaciones son sistemas complejos compuestos por múltiples subsistemas (se puede hablar de *superáreas* culturales) que están en constante interacción. Las relaciones entre los diversos grupos que la forman son de muy diverso tipo: políticas, religiosas, sociales, comerciales y bélicas. Esta riqueza de intercambios resulta, precisamente, una de las claves que permite entender que el conjunto alcance un nivel de desarrollo tan elevado y complejo.
2. Los grupos de una civilización deberían dominar un modo de producción que utiliza, como mínimo, toda la tecnología propia del Neolítico: instrumentos de piedra pulimentada, cerámica, tejidos, etc., y que tiene un pilar básico en la existencia de una agricultura intensiva con sistemas de riego y de terrazas que permitan una amplia producción de excedentes e, incluso, la construcción de zonas de cultivo en islas artificiales en los lugares de bajos fondos de los sistemas lacustres.
3. Son exigibles también unos patrones de asentamiento totalmente sedentarios, que llegan a concentrar decenas de miles de individuos en verdaderas ciudades, caracterizadas por su planificación urbana, su monumentalidad y su funcionamiento como grandes centros capaces de ofertar un variado tipo de servicios. Esta circunstancia sería de las más significativas, pues no olvidemos que civilización procede del latín *civitas*, es decir, ciudad.
4. En todas las civilizaciones existirían sociedades complejas y jerarquizadas en las que suele existir una doble explotación, la de un grupo privilegiado sobre el resto y la de unos pueblos sobre otras colectividades tributarias, formando verdaderos imperios. El tributo sería en ambos casos un elemento fundamental de sumisión.
5. Normalmente, las civilizaciones suelen dar lugar a sofisticadas creaciones artísticas y científicas, que incluyen tanto las artes plásticas

como las observaciones calendáricas o la existencia de planteamientos filosófico-religiosos que forjan una cosmovisión específica.

6. Finalmente, entre todas las culturas que la componen deben existir ciertos rasgos comunes, tanto presentes como ausentes. Es decir, atributos que tienen todos los subsistemas del área o que faltan en todos ellos. Por ejemplo: la existencia de un sistema calendárico común o la no utilización de flechas envenenadas.

2.2. Mesoamérica

Mesoamérica ocupa un territorio de extensión considerable. Por el norte iría desde una línea que, cruzando del litoral del Pacífico al del Atlántico, seguiría aproximadamente la frontera septentrional de los actuales estados mexicanos de Guerrero, México, Hidalgo y Veracruz. Desde allí se extendería hasta alcanzar por el sureste la mitad del territorio hondureño, ya en plena región centroamericana; es decir, incluiría el centro y sur de México, más Guatemala, Belice, El Salvador y la parte occidental de Honduras. Se trataría de un territorio de unos 700 000 kilómetros cuadrados, situado todo él entre el trópico de Cáncer y el Ecuador, con unas distancias máximas en línea recta de 1300 kilómetros de oeste a este y unos 900 de norte a sur a la altura de la península de Yucatán, entre el Soconusco en el Pacífico y el cabo Catoche en el Atlántico.

La geografía mesoamericana viene marcada por una extensa meseta central que la atraviesa de noroeste a sureste, con una altura media de unos 2000 metros sobre el nivel del mar y que incluye una serie de picos volcánicos, algunos de los cuales superan los 5000 metros. La altura modifica el clima tropical y da lugar en las zonas centrales mesoamericanas a un ambiente templado, vegetación con árboles de hoja caduca y con dos estaciones, una de lluvias entre junio y diciembre, y otra seca en el resto del año. Sin embargo, en los dos litorales oceánicos el clima cálido se impone. La franja costera que da al Pacífico es estrecha, pero de cara al Atlántico existe una amplia llanura, incluyendo los estados de Veracruz, Tabasco, la península yucateca, o amplias regiones de Guatemala, Belice y Honduras, donde las altas temperaturas y la humedad dan lugar a una vegetación típica de las tierras tropicales o subtropicales. Por todo ello, en Mesoamérica podemos encontrar

regiones, como el centro de México, donde el clima suave y la vegetación similar a la de la Europa Occidental, en un entorno rodeado de volcanes y lleno de lagos, hizo que a los conquistadores españoles procedentes del sofocante Caribe les recordara su tierra, tanto que la denominaron la Nueva España. Algunas regiones centrales tienen, sin embargo, climas muy secos, sobre todo cuando las temporadas de lluvias son insuficientes, y en ciertos valles de Puebla u Oaxaca los cactus y plantas suculentas o crasas (por el agua que acumulan para sobreponerse a las sequías) son predominantes. Sin embargo, sin dejar el corazón de Mesoamérica, la región del Peten, al norte de Guatemala, tiene un paisaje de selva tropical densa. Allí las pirámides mayas deben superar las copas de los árboles para ser vistas desde lejos.

En resumidas cuentas, Mesoamérica no presente una unidad geográfica ni climática, y tampoco la tiene desde el punto de vista político, ya que hoy en día su territorio forma parte de varias naciones y distintos trozos de países. Tampoco en el pasado remoto tuvo una administración única, pues ninguna cultura prehispánica, ni siquiera la azteca, fue capaz de controlar el área completa. En tiempos coloniales, el virreinato de la Nueva España fue un territorio más amplio que el mesoamericano, y la capitanía general de Guatemala y la Audiencia de los Confines tuvieron siempre responsabilidades sobre los territorios centroamericanos con una gran independencia del virrey de México; es decir, Mesoamérica constituye una unidad únicamente desde el punto de vista cultural, que se define en función de ser uno de los dos focos de civilización del Nuevo Mundo.

No hay duda de que la tecnología neolítica, con la domesticación de especies vegetales, se implantó en la región desde antiguo. En Mesoamérica se usó ampliamente el regadío y se llegaron a construir las célebres *chinampas*, islas artificiales construidas por los aztecas en el lago Texcoco, que podrían producir varias cosechas al año. Con esas técnicas, los mesoamericanos ofrecieron como regalo a la humanidad algunas de las plantas comestibles más importantes de nuestra dieta actual. Más de cien especies vegetales, incluyendo muchas de las que hoy en día sigue dependiendo la población de mundo, fueron originariamente cultivadas por los nativos mesoamericanos.

Destaquemos la tríada básica de su agricultura: maíz, frijol y calabaza. Sigamos luego por otras plantas alimenticias como el cacao, el boniato, el cacahuete, el aguacate, el girasol, el tomate, los chiles y los pimientos; aunque no sean tan saludables, hay plantas de las que se extraen bebidas alcohólicas,

como los agaves, que producen no solo utilísimas fibras naturales, sino el pulque (zumo fermentado de la savia de estas plantas) o su destilado, el célebre tequila. Entre las productoras de fibras, además del citado agave, tiene un lugar destacado el algodón, y entre las estimulantes, se contaría el tabaco y la coca. Por otra parte, la calabaza, además de servir como alimento, se usó ampliamente como recipiente, sobre todo antes de la aparición de la cerámica. La actividad ganadera es menos decisiva, pero incluye varias aves de corral, sobre todo el pavo, las “gallinas de la tierra”, a decir de los conquistadores, y algunos perros dedicados a servir de alimento más que como guardianes o animales de compañía. Tampoco fue la región mesoamericana muy avanzada en la metalurgia, pues, solo a finales del primer milenio después de Cristo se empezaron a utilizar metales blandos, como el oro y la plata, con uso fundamentalmente suntuario.

Mesoamérica fue una verdadera civilización, en el más estricto sentido de la palabra, pues en su territorio surgieron grandes ciudades. Teotihuacán, entre los siglos I y VI de nuestra era, fue la mayor metrópoli de toda la América prehispánica, y con sus 25 kilómetros cuadrados y 200 000 habitantes, una de las grandes urbes antiguas de la historia de la humanidad. México-Tenochtitlán no le fue a la zaga y, además, con el mérito de ser una especie de Venecia americana, una auténtica población anfibia, construida sobre las islas de una laguna. Pero hubo otras ciudades imponentes, como Tikal, Calakmul, Palenque, Monte Albán o Cholula.

Los grupos humanos que poblaban la región formaban sociedades con altos niveles de estratificación, en los que existían señores, algunos de ellos poderosos monarcas que se enterraban en tumbas monumentales, y súbditos que soportaban la mayoría de los esfuerzos. Pero, además de esa dependencia interna, existía otra externa de unos grupos políticos sobre otros con la creación de verdaderos imperios, el mayor de los cuales fue, sin duda, la confederación de la Triple Alianza (Tenochtitlán, Texcoco y Tlacopan), o dicho más sencillamente, el gran Imperio azteca.

En Mesoamérica, el arte brilló hasta cotas difíciles de igualar. La cima, seguramente, la alcanzaron los mayas. Sus pinturas sobre murales y en las cerámicas poseen diseños llenos de colorido y de sabiduría técnica al representarse con una perspectiva perfecta. Lo mismo ocurre con sus esculturas y relieves, además del diseño elegante de sus templos colocados sobre altas pirámides. Pero, además, los mayas fueron creadores de una escritura

jeroglífica perfectamente desarrollada y un sistema calendárico complejo y exacto. Sobre todo, destacaron en las matemáticas, pues su numeración en base vigesimal incluía elementos como el valor relativo de las cifras y la utilización del cero como signo para completar una serie numérica, conceptos que no fueron usados en Europa hasta que los árabes los dieron a conocer traídos desde la India.

Finalmente, los mesoamericanos cumplen el último de los parámetros que previamente hemos definido para caracterizar una civilización: el poseer dentro de la variedad de culturas ciertos elementos compartidos. En 1943, dichos elementos fueron definidos, junto con el concepto mismo de Mesoamérica, por Paul Kirchhoff (antropólogo mexicano de origen alemán) durante la celebración de XXVII Congreso Internacional de Americanistas. Entonces, se contabilizaron cerca de medio centenar de criterios comunes, entre los cuales podrían destacarse la existencia de algunas divinidades adoradas en todas las culturas, como el viejo dios del fuego, llamado Huehue-teotl en náhuatl, el idioma de los mexicas; la representación de los numerales con barras (que equivalen a cinco unidades) y puntos (cada uno representando una unidad); la existencia de un calendario ritual y adivinatorio de 260 días, resultado de combinar 20 días con 13 números, así como la costumbre de medir el tiempo en periodos de 52 años, que es lo que duraba el llamado *siglo mesoamericano*. Finalmente, entre ese medio centenar de rasgos compartidos, podríamos citar también la práctica de un juego, el llamado juego de pelota, con un trasfondo ritual y religioso común (Kirchhoff, 1960).

2.2.1. Paleolítico y periodo arcaico

Con respecto a los periodos temporales en los que se divide la evolución histórica mesoamericana, el primero fue el *Paleolítico*, caracterizado por la existencia de bandas de cazadores nómadas que tenían como presas a los grandes animales de las últimas fases del Pleistoceno. Con el final de las glaciaciones hace 10 000 años (8000 a. de C.) se inicia el *periodo arcaico*, marcado por el progresivo calentamiento del planeta. Este decisivo cambio climático, caracterizado por la retirada de los hielos, no solo tuvo como consecuencia la desaparición del puente de Beringia, con el consiguiente aislamiento del continente, sino que dio lugar a regímenes de lluvias más escasos, aumentos

de la temperatura y una sequedad creciente por disminución de agua en la superficie terrestre, que redujo la vegetación de la que se alimentaban los grandes animales. En los milenios siguientes se extinguieron cerca de 200 especies, casi todos mamíferos y, en especial, los de mayor tamaño, como mamuts, mastodontes, varios tipos de équidos y grandes camélidos. Como consecuencia, desaparecieron también los depredadores que se alimentaban con su carne (Sánchez Montañés, 2008, p. 84).

Como es sabido, en la actualidad se mantiene una agria polémica sobre si la extinción de la megafauna en América estuvo causada por el impacto de los cazadores humanos sobre una masa de animales desprevenidos, o si, por el contrario, fue resultado de las incidencias climáticas. Aunque hay argumentos a favor de ambas teorías, la mayoría de los autores piensan que la actividad humana no fue decisiva, pues, al fin y al cabo, la extinción también se produjo en el Viejo Mundo, donde hacía mucho tiempo que los grandes animales convivían con cazadores poseedores de tecnología paleolítica. Por otra parte, es cierto que en excavaciones realizadas en el valle de México se han encontrado restos de mamuts con puntas de lanzas tipo clovis entre sus costillas, pero la mayoría de las especies desaparecidas no estaban en la dieta de los cazadores, ni tuvieron ninguna relación con ellos. Lo único que puede decirse es que la presión cinegética pudo agravar la situación de especies que ya se encontraban en alto riesgo de extinción debido a que estos gigantes eran criaturas muy especializadas, con periodos de gestación muy largos y muy sensibles a los cambios.

Sea por las razones que fuese, lo cierto es que, al disminuir el número y el tamaño de los animales, los seres humanos se vieron abocados a perfeccionar sus técnicas de caza, que dirigieron hacia presas que, como máximo, tendrían el tamaño de un bisonte, aunque la mayoría serían pequeños mamíferos y aves. Para ello, construirían proyectiles cada vez más reducidos y que se usaban como puntas de flechas (no de lanzas como las clovis), disparadas con arcos o propulsores. Al mismo tiempo, se verían obligados a volverse hacia el mundo vegetal con otra mirada, tendente a concederle cada vez más importancia en su dieta y terminando con la domesticación de diferentes especies de plantas comestibles. En realidad, podemos considerar que el arcaico en Mesoamérica fue una larga marcha hacia el Neolítico pleno, que transcurrió entre el 8000 y el 2000 a. de C. La secuencia de este proceso fue estudiada, como hemos tenido ocasión de contar, por Richard MacNeish en

las cuevas del valle de Tehuacán en estado de Puebla (México) y sus trabajos determinaron que en el límite entre el tercer y el segundo milenio antes de nuestra era, la alimentación de aquellos grupos humanos dependía ya mayoritariamente de especies cultivadas (MacNeish, 1964).

2.2.2. Periodo preclásico

La siguiente fase de la evolución de Mesoamérica se denomina *periodo preclásico o periodo formativo* y abarca del 2000 a. de C. hasta los inicios de la era cristiana. En esta fase no solo se alcanza el Neolítico pleno, sino que a partir del 1200 a. de C. se inicia un proceso imparable de complejidad social que se considera el arranque de la civilización en toda el área. Este fenómeno tiene un protagonista con nombre propio: la *cultura olmeca*. Esta tendrá su centro en el golfo de México, pero dejará sentir su influencia por toda Mesoamérica, donde será considerada como la cultura madre y base de todos los desarrollos posteriores.

En esta época aparecen centros protourbanos (aunque algunos especialistas consideran ya en este periodo la existencia de algunas pocas ciudades) con arquitectura ceremonial de tierra apisonada, pero también por primera vez con monumentos de piedra, dentro de sociedades donde el rango va eliminando poco a poco la homogeneidad de las antiguas tribus de cazadores. Los dirigentes serán auténticos señores, y sus dominios se denominarán *señoríos*. Aunque todavía no son considerados divinos, sí se hacen reconocer como más próximos a las divinidades, lo que los convierte en intermediarios perfectos, a los que por su labor hay que entregar “regalos”, que cada vez se parecen más a verdaderos tributos.

2.2.3. Periodo clásico mesoamericano

Durante el primer milenio de nuestra era se desarrolla el llamado *periodo clásico mesoamericano*. Con la elección de este término se quiso poner de manifiesto que a lo largo de esos diez siglos se alcanzó una especie de cima en el desarrollo cultural, lo cual era especialmente visible en las manifestaciones de índole artística, que de alguna manera se podía comparar con el

esplendor grecolatino o del arte clásico. Según esto, los pueblos americanos habían logrado entonces una cumbre en su expresión estética, que no sería igualada en siglos posteriores, o al menos así se pensó inicialmente.

Pero, además de esa valoración por criterios artísticos, también se tuvieron en consideración otros parámetros para considerar esta etapa como una especie de edad de oro. Entre ellos se cuentan la construcción de los templos más grandes sobre las pirámides más elevadas; la fundación de las primeras auténticas ciudades, que, además de ser muchas en número, no fueron igualadas ni en tamaño ni en grandiosidad en épocas posteriores; el surgimiento de dioses, que atravesarían los siglos y llegarían hasta el momento de la conquista, o la aparición de los primeros sistemas escriturarios perfectamente estructurados. En suma, el clásico constituiría la cúspide de la civilización para las culturas prehispánicas. Es cierto que se trata de un concepto discutible, pero es mayoritariamente admitido y usado por todos los historiadores cuando se refieren al área mesoamericana.

Con respecto a los aspectos tecnológicos del periodo, podemos hablar que en él se alcanza un Neolítico intensivo, caracterizado en primer lugar por una agricultura de alta productividad a base del riego y del abonado de los campos. La superproducción permitió crear abundantes excedentes y multiplicó el número de especialistas. Ahora aparecen con claridad, al menos en el mundo mesoamericano, los expertos económicos que podemos denominar como comerciantes a larga distancia. El uso de los metales sigue siendo, sin embargo, muy limitado, pero los conocimientos astronómicos y matemáticos lograron niveles inigualables.

Por lo que respecta a la evolución de los sistemas sociopolíticos, nos encontramos con la aparición de los primeros sistemas estatales. El estado convive en este periodo con los señoríos y no es siempre fácil distinguir un señorío complejo de un estado incipiente. La diferencia más notable radica en la ruptura de la relación entre poder y parentesco. En el señorío la autoridad se ejerce sobre un grupo familiar, usando como representantes del poder a los parientes más cercanos al señor, e invocando como justificación unos pretendidos derechos de primogenitura. Por el contrario, en el estado la autoridad se ejerce sobre un territorio que puede incluir grupos humanos de distintas etnias; se usa como instrumentos del poder a funcionarios; el gobernante suele invocar como justificación de su autoridad el hecho de ser un verdadero dios viviente, y se gobierna por la gracia de dios o por

ser hijo de dios o encarnación de la divinidad. Al mismo tiempo, en los estados existe una maquinaria administrativa que tiene dos características muy importantes: la aparición de una división de funciones o competencias administrativas, como justicia, policía, defensa, hacendística, sacerdotal, y la existencia a en cada una de las ramas de la administración de una cadena de autoridad bien marcada.

En el clásico florecieron en Mesoamérica algunas de las culturas más conocidas. Ente otras tenemos *Teotihuacán*, la *cultura maya*, la de *Monte Albán* o la de *El Tajín*, ya en el *periodo clásico final o epiclásico*.

2.2.4. Periodo posclásico

Entre el año 1000 y la llegada de los conquistadores españoles, que se produce en diversos momentos de las primeras décadas del siglo XVI, se ubica el último de los periodos de la evolución mesoamericana, llamado *periodo posclásico*. La propia denominación ya indica que se trata de una etapa definida en función de la anterior, y más que eso, podría decirse que en contraposición radical. Los términos de esta dicotomía llevaban a considerar que, mientras el clásico era un periodo pacífico, el posclásico sería una etapa violenta y sanguinaria, propiciada por la llegada de pueblos procedentes de fuera de Mesoamérica, que irrumpían en ella a sangre y fuego. Estas invasiones dejaron un rastro de incendios y destrucciones, que pueden ser observados por los arqueólogos, y toda una colección de monumentos, en los que se representaban de manera obsesiva sacrificios humanos, cráneos de decapitados o animales feroces devorando corazones. En el mismo sentido, la perfección técnica a la hora de representar la figura humana de algunas culturas del clásico, como la maya, se veía sustituida por un arte realista y expresivo, pero con grandes carencias en la perspectiva o en el dibujo.

En la actualidad, esta contraposición tan radical no se sostiene ni es defendida por ningún especialista. Hoy se reconoce que en el clásico hubo también violencia extrema, y nadie duda de que los reyes mayas tuvieran como una de sus principales atribuciones el ser señores de la guerra, y así fueron representados frecuentemente. Por otra parte, las primeras pruebas de sacrificios humanos por el procedimiento de arrancar el corazón ya están

presentes en Teotihuacán, muchos siglos antes de que los practicasen los aztecas. Finalmente, tampoco sería admisible que las esculturas mexicas, dotadas de un expresionismo realmente emotivo, puedan ser calificadas como inferiores desde el punto de vista artístico a las de las culturas clásicas, lo mismo que nadie se atreve a decir que el románico es un arte menor en comparación con los retratos romanos.

En realidad, el clásico no es un periodo más pacífico, sino que, en algunos momentos, resultó más estable desde el punto de vista político. Frente a ello, el posclásico fue, en efecto, un periodo más dinámico, caracterizado por la llegada de nuevos grupos de población procedentes de zonas externas a la América nuclear, que aprovecharon e hicieron aumentar la crisis de las sociedades del mundo clásico. Es una época también de brillantes culturas, como la *tolteca*, la *cultura azteca* o *mexica*, la *tlaxcalteca*, la *mixteca*, la *huasteca* o la de los *itzaes* y un largo etcétera.

2.3. *Los Andes Centrales*

En los Andes Centrales, como en el caso mesoamericano, se cumplen todos los condicionantes que hemos definido para considerarla como la otra gran civilización primaria del Nuevo Mundo. Sus límites territoriales vendrían marcados, al norte, por la actual frontera entre Ecuador y Colombia. Al sur, descenderían aproximadamente hasta los 36 grados de latitud meridional, coincidiendo con el curso del río Maule, en Chile, a unos 250 kilómetros al sur de Santiago. Las aguas del océano Pacífico le servirían de barrera natural por el oeste y por el este harían lo propio los contrafuertes orientales de la cordillera andina. A nivel de naciones actuales, comprendería la costa y la sierra del Ecuador y Perú, el altiplano boliviano, a lo que habría que añadir el norte y centro de Chile, más el noroeste andino de Argentina, desde las provincias de Jujuy a Mendoza. En total, estamos hablando de una extensión de más de un millón de kilómetros cuadrados, con una distancia máxima en línea recta de alrededor de 4000 kilómetros de norte a sur, lo que, si lo trasladásemos al Viejo Mundo, sería similar a la que separa Suecia del Sudán o Madrid de Moscú. De este a oeste, las distancias son muchos menores, con una media de unos 250 kilómetros y una anchura máxima de unos 500 kilómetros medidos en el altiplano boliviano al sur del lago Titicaca.

Como en el caso de Mesoamérica, con esta denominación no estamos marcando un espacio geográfico concreto, pues en realidad los Andes Centrales tienen en su interior una variedad realmente asombrosa de zonas ecológicas, geológicas y climáticas, y son tantas que es difícil encontrar un caso semejante en cualquier otro lugar del planeta. Tampoco tiene una correspondencia exacta con ninguna unidad de tipo político o administrativo actual. Acabamos de ver cómo está formada por trozos de cinco repúblicas suramericanas, sin que ninguna de ellas se incluya en su totalidad dentro de sus límites. En el pasado colonial tampoco constituyó una sola división administrativa y la zona estuvo repartida entre varias gobernaciones españolas. Solo durante la época prehispánica, pero por el breve periodo de menos de un siglo (1438-1532), los Andes Centrales formaron una unidad bajo el gobierno de los conquistadores incas. Anteriormente, en la zona vivieron una multitud de pueblos que crearon organizaciones político-territoriales, pequeñas, grandes y medianas, pero ninguna de las cuales fue capaz de ocupar la totalidad del territorio en cuestión.

Tradicionalmente, la geografía de la región se subdivide en tres zonas paralelas, denominadas la Costa, la Sierra y la Ceja de Selva. La primera es un desierto litoral, estrecho y largo, creado tanto por la corriente costera de Humboldt, que con sus aguas frías hace que el aire húmedo del Pacífico precipite sobre el mar, como por el murallón de los Andes, que, por el este, evita que las lluvias procedentes de Amazonía caigan en la costa. Sin embargo, este durísimo entorno se ve fructificado por múltiples ríos cortos (Lambayeque, Moche, Virú, Santa, Chancay, Rímac, Pisco, Ica, Nazca, etc.) a los que el deshielo del verano del hemisferio sur los colma de unas aguas que descienden con rapidez desde las cercanas montañas creando verdaderos oasis fluviales. En sus orillas tendrán asiento algunas de las principales culturas andinas, como veremos más adelante.

La Sierra es la franja de tierra más ancha, y en contraposición de la Costa, las lluvias estacionales permiten la agricultura de secano. En conjunto, los valles andinos y sus laderas llenas de terrazas suponen cerca del 60% de las tierras cultivables de los Andes Centrales, frente a menos de la mitad que se concentraría en los valles costeros (Burger, 1995, p. 17). Esto convierte a la Sierra en la región donde vivían los dos tercios de la población (D'Altroy, 2003, p. 55) y el lugar en el que han residido las culturas que extendieron su dominio por el conjunto del Área. Con todo, la característica más